

INFORME

EL RECIÉN INICIADO VIAJE POR NUESTRA ERA GEOLÓGICA: EL SUSPIRO DE 1,8 MILLONES DE AÑOS

TEXTO: EDUARDO GARCÍA

FOTOS: LUISMA MURIAS

EL CAMPUS DEL MILÁN, EN OVIEDO, ACOGE ESTOS DÍAS LA EXPOSICIÓN «UNA DE CUATERNARIO...¿QUÉ?» ORGANIZADA POR LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO Y QUE PRETENDE ACERCAR LA VIDA DEL CUATERNARIO, PERÍODO GEOLÓGICO AL QUE PERTENECEMOS, A UN PÚBLICO NO EXPERTO. UNA MUESTRA SENCILLA EN APARIENCIA PERO LLENA DE SORPRESAS: EL NACIMIENTO DE LA VIDA, LOS MATERIALES QUE NOS HABLAN DE LOS PRIMEROS POBLADORES DE ASTURIAS, SUS ÚTILES Y LA FAUNA QUE LOS ACOMPAÑABA, LAS PIEDRAS QUE NOS HABLAN DEL CLIMA. RESTOS DE UN MUNDO QUE TRATAMOS DE CONOCER. LA EXPOSICIÓN ES ANTESALA DE LA XI REUNIÓN NACIONAL DEL CUATERNARIO QUE SE CELEBRARÁ EN OVIEDO LOS DÍAS 2, 3 Y 4 DE JULIO.

Nuestras fértiles llanuras están hechas con las ruinas de las montañas
James Hutton,
geólogo del siglo XVIII

En la Historia de la Tierra el período Cuaternario es apenas un suspiro de tiempo geológico. El Cuaternario al que pertenecemos comenzó hace 1,8 millones de años, cuando ya poblaban el planeta grupos humanos, descendientes de los primeros primates que se hicieron bípedos, hace unos 8 millones de años.

No hay en Geología fechas exactas y, mucho menos, inamovibles, pero los expertos coinciden en poner edad a la Tierra: 4.500 millones de años. Y fecha a la vida sobre esta bola cósmica alrededor de la estrella Sol: 3.500 millones de años.

En esta trayectoria biológica hemos asistido (es un decir) a cambios radicales en el clima y en el paisaje. Un ejemplo: hace 160.000 años, en una de las gigantescas glaciaciones que sufrió el planeta (dicen que estamos entrando en otra), el casquete polar llegaba a la altura de lo que hoy es la ciudad de Londres.

Somos hijos de las glaciaciones y los períodos áridos, de los movimientos de los océanos y las grandes extinciones. Todos conocemos la que hace 65 millones de años acabó con los dinosaurios, pero este holocausto biológico no es nada comparado con el que aconteció hace 250 millones. Entonces desapareció el 95 por ciento de las especies. Y, sin embargo, la vida fue capaz de recuperarse, nuevos animales poblaron la Tierra, un planeta en el que nada permanece inmóvil. El mito geológico del eterno retorno lo explica Luis Miguel Rodríguez Terente, comisario de la exposición: del bloque al canto rodado, y del canto rodado a la grava, gravilla, arena, limo y arcilla. Y las arcillas sedimentan, y se unen en nuevas formas.

Hueso y muela de un rinoceronte que habitó las tierras de Asturias hace más de cien mil años. Es una de las piezas que se pueden ver en la exposición «Una de Cuaternario...¿qué?».

EL CUATERNARIO, la aventura continúa



EL «OCHO» ASTURIANO. Hace más de cien mil años los asentamientos hasta ahora conocidos en Asturias respondían a la idea tan actual del «ocho» asturiano. En este

mapa, recogido del libro «Yacimiento de Cabo Busto. Los orígenes prehistóricos de Asturias», de Rodríguez Asensio, se puede observar los yacimientos y zonas de

hallazgos de conjuntos líticos y materiales aislados en la región. En la zona central había vida y concentraba ya por entonces buena parte del poblamiento.

El aire y el tiempo han trabajado nuestras piedras, que son como libros abiertos. Sabemos qué cantos fueron pulimentados por granos de tierra, o cuáles han soportado el peso directo de los hielos. Sabemos también cuáles han sido trabajados por el hombre. El prehistoriador y profesor titular de la Universidad de Oviedo Adolfo Rodríguez Asensio muestra una colección de útiles de piedra nacidos de la mano del hombre. Pero no sólo de la mano, sino del cerebro: esferoides, puntas, raederas, bifaces... Tienen cien mil años de antigüedad.

—¿Para qué servían?

—Yo creo que eran en su mayoría útiles polivalentes, que cumplían las cuatro funciones básicas: golpear, cortar, raspar y perforar. Estamos ante el maletín de herramientas del hombre prehistórico.

¿Pero quién era ese hombre? Hoy sabemos que los restos humanos más antiguos encontrados en Asturias pertenecen a la cueva pilañosa del Sidrón, situados en esos cien mil años. Pero antes que Sidrón hubo muchos otros que le precedieron en la lucha por la supervivencia.

Asturias recibe los primeros grupos humanos en algún momento entre los 500.000 y los 300.000 años, llegados probablemente del Occidente. La exposición nos presenta a nuestros supuestos abuelos, el «Homo heidelbergensis», comparable al de los restos de la famosa Sima de los Huesos, en Atapuerca. Son el antecedente del Neardental, un tipo que comenzaba a parecerse a nosotros, aunque seamos de distinta especie.

¿De distinta especie el Neardental y el «Homo sapiens»? Es algo comprobado, aunque la altura del Neardental adulto se acercara ya a los 170 centímetros y su capacidad craneal superara los 1.000 centímetros cúbicos.

—¿Qué nos indica esa capacidad del cráneo?

—Nos indica evolución. Un chimpancé tiene unos 600 centímetros de capacidad craneal, y nosotros, los humanos, disponemos de media de unos 1.400 centímetros cúbicos. Pero hay que tener cuidado con las cifras porque ha habido antecesores nuestros con mayor capacidad craneal que la nuestra.

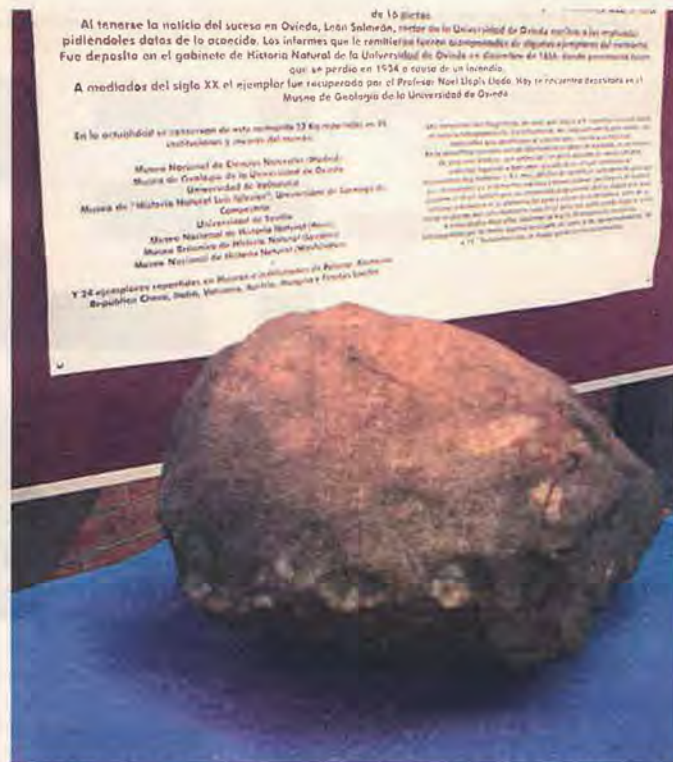
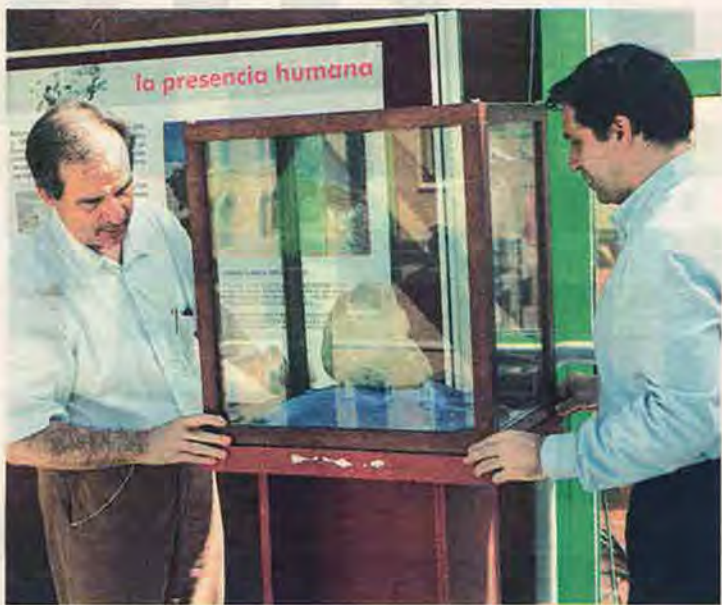
¿Eran más inteligentes que nosotros? Es evidente que no.

Entre el «Homo heidelbergensis» que habitó las tierras de Asturias hace, pongamos, unos 300.000 años y el Neardental de hace 100.000 hay un largo larguísimo período oscuro en el que se supone una evolución. Neardentales y «sapiens» conviven sobre el planeta. Pertenecían, como hemos dicho, a especies distintas, aunque físicamente se parecieran. ¿Hubo hibridación entre ellos? Ésa es una pregunta que aún no tiene respuesta. Hay quien aventura que esa hibridación hubiera sido genéticamente imposible. Lo cierto es que los neardentales desaparecen y los «sapiens» dan un paso adelante en la evolución... y hasta ahora.

De la herramienta más antigua encontrada en la cornisa cantábrica, una cuarcita que fue trabajada



Arriba, una piedra de hematites, un mineral de hierro que servía a los hombres de las cavernas para sus dibujos en la piedra. Abajo, Adolfo Rodríguez Asensio, a la izquierda, y Luis Rodríguez Terente, junto al útil más antiguo que se ha encontrado hasta la fecha en Asturias, en el yacimiento de Cabo Busto.



Arriba, un trozo de meteorito recogido en Cangas de Onís el 6 de diciembre de 1866. Pesa más de tres kilos. Es un meteorito del Cuaternario. Abajo, un conglomerado de cantos, unidos por un cemento que nada tiene que ver con el hombre, sino con la Naturaleza.



CONGLOMERADO
Cantos cementados de la
rasa cuaternaria
Puerto de Vega, Navia

«Homo heidelbergensis», el poblador de las tierras de Asturias hace 300.000 años

hace no menos de 300.000 años —y que se puede ver en la exposición— al chip del ordenador hay períodos de sombras y también de «aburrimiento». Desde la perspectiva de mundo cambiante en el que vivimos nos sorprende comprobar que en cien años —los nuestros, los últimos— hemos cambiado más que en los cien mil anteriores.

Pero algo nos une a aquellos hombres que en lo que conocemos como Asturias trabajaron hace 300.000 años la cuarcita de la exposición, una pieza de dureza impresionante y con un peso de cuatro kilos. Sus manos tocaron la misma piedra que hoy podemos tocar nosotros.

Hace 100.000 años, los neardentales asturianos ya disfrutaban además de un clima parecido. Imaginemos la Asturias de ese tiempo. Si la hubiéramos sobrevolado a vista de satélite en una noche sin nubes y hubiéramos podido iluminar sus aldeas y poblados, comprobaríamos algo fantástico: el «ocho» asturiano ya existía. El mapa asturiano hace cien mil años tenía cinco grandes núcleos de asentamiento.

El primero, en el Occidente, en la rasa litoral que va desde el Eo (en ambas orillas) hasta el Porcía.

El segundo, desde el río Negro, es decir, Lluarca, hasta la desembocadura del Esva.

El tercer núcleo, uno de los más intensos, se genera en torno a Peñas.

El cuarto, alrededor de Gijón (asentamientos de interior porque lo que hoy conocemos como ciudad era una inmensa zona de ciénaga).

El quinto, en torno a Oviedo, Grado, Siero y Mieres, por citar cuatro puntos de referencia geográfica actual.

Adolfo Asensio asegura que, «en esos momentos, cualquier parte de Asturias en altitudes inferiores a los 800 metros es susceptible de poblamiento». Por encima de esa altitud los fríos harían especialmente difícil la vida cotidiana.

Una vida cotidiana junto a una fauna insospechada. La exposición nos muestra restos de rinocerontes, de bisontes, de «Elephas antiquus» (antecedente del elefante), de «Cervus elaphus» (el «padre» del ciervo actual) y de caballos. Es una fauna acompañante que se sitúa en el tiempo en unos 120.000 años y que tenía pelo para resguardarse del frío. Elefantes y rinoce-

El paisaje del Occidente asturiano es de pizarras y cuarcitas, y el del Oriente, de calizas. La caliza se disuelve en el agua y por eso allí hay cuevas y en el Occidente no. «El principio de una caverna es una gota de agua», dice Asensio. Son las cuevas que un día habitaron los hombres del Paleolítico

rantes con pelo, como curiosidad evolutiva.

Y junto a los herbívoros, los depredadores, como el oso de las cavernas (una dentadura encontrada en Asturias y expuesta ahora mete miedo), el león de las cavernas y los muy parecidos a los actuales zorro, lobo y hiena. Cuando se llevaron a cabo las obras de la Autovía Minera —concretamente en La Parte (Siero)—, los movimientos de tierra dejaron a la vista restos óseos de nueve especies animales distintas, entre ellas el alce, la nutria y la marmota.

Dicen los geólogos que Asturias es como un museo al aire libre, con dos paisajes perfectamente diferenciados: el del Occi-

dente, de pizarras y cuarcitas, y el del Oriente, de calizas. La caliza se disuelve en el agua y por eso allí hay cuevas y en el Occidente no. «El principio de una caverna es una gota de agua», dice Asensio. Son las cuevas que un día habitaron los hombres del Paleolítico y en las que pintaron paredes y suelos. Tenían algo en común con sus antecesores, y nosotros tenemos algo en común con ellos: practicamos la economía del esfuerzo y conocemos bien la Naturaleza (nosotros la maltratamos, en eso radica una de las diferencias). Ellos y nosotros hemos asimilado el proceso-respuesta ante una necesidad, y la mano obedece al cerebro: formando lascas, pintando bisontes o manejando un ordenador.

En una de las estanterías de la exposición descansa una roca de color malva. Se denomina hematites y se puede encontrar en Asturias. Cuando se pasa la mano por su superficie, sin necesidad de presionar, el tinte queda en las yemas de los dedos y no desaparece sin ayuda de un producto limpiador. También los hombres y mujeres de Candamo usaban limpiadores, pero no en envase de súper, sino regalados por la Naturaleza.

En las cuevas de Asturias los óxidos de hierro se mezclaban con sangre de animales, con resinas de árboles, con grasas y con jugos vegetales para representar un mundo que no nos es ajeno. Un mundo sagrado y decorativo, un mundo de color.